

## Una conferencia

### Lo que se sabe y lo que no se sabe de la colonización española en América

Señoras, señores: El título de la conferencia de hoy debo confesar que es un título un poco ambicioso; sin embargo, yo lo he dado con conocimiento de causa y con algo de picardía pedagógica, si me permitís que use esta frase, picardía que lleva el objeto de excitar la atención y de fijar por medio de una expresión gráfica cuál va á ser el fondo de la lección esta. Porque, en efecto, yo lo que trato de decir aquí en líneas generales—dejando aparte pormenores que nos llevarían muy lejos—es cuál sea el estado de los estudios históricos referentes á la colonización americana en el momento presente, y sobre todo, como veréis, puntualizar cuál es el grado de certeza que pueden tener nuestras afirmaciones, nuestras sentencias, demasiadamente firmes en la mayoría de los casos, respecto del carácter que han tenido tales ó cuales manifestaciones históricas del pueblo español en su acción sobre América.

El punto de partida de todo esto, como el punto de partida de toda obra, es siempre un inventario. El que va á trabajar manualmente ó el que va á trabajar científicamente, pero utilizando cosas materiales, lo primero de que se hace cargo para poder trabajar, es de todos los utensilios, de todas las herramientas de que puede disponer. Pues el que trabaja en aquellos órdenes de investigación intelectual que

no tienen laboratorio, que no requieren reactivos ni instrumentos, necesita también hacer su inventario, y en este caso, el inventario suyo ya no es de cosas materiales, sino de conocimientos existentes anteriormente á él; es decir, de la suma de las verdades adquiridas por investigadores anteriores y de las cuestiones que están planteadas en el momento en que el investigador comienza sus trabajos. Y realmente, sin capacitarse de este modo, sin conocer esto, es absolutamente imposible todo trabajo de investigación científica; porque, ó se corre el riesgo de dar por averiguadas una porción de cuestiones que no lo están, ó se corre el riesgo, usando una frase muy corriente, de inventar el barómetro todos los días. Y yo recuerdo, cada vez que hablo de estas cosas, una anécdota graciosísima ocurrida á una persona de gran ingenio, de gran talento, hombre que durante muchos años alegró las musas, y particularmente la literatura novelesca, de nuestra tierra española, el cual, teniendo que leer un discurso en cierta Corporación docta, buscó un tema que á él le pareció conexo con el tono particular de su literatura; un tema que se refería á la gracia, al humor, á todas esas varias manifestaciones entre lo cómico y lo serio que la literatura tiene, y trabajó durante mucho tiempo en ello y agotó todas las cualidades personales, verdaderamente extraordinarias, de su ingenio; y luego, cuando terminó su trabajo y lo escribió, fué á consultarlo con un amigo suyo, hombre de vastísima cultura, hombre que había viajado mucho por el extranjero, que estaba muy al tanto del estado de la ciencia y de los estudios literarios en todos los órdenes, y cuando le leyó el discurso y le preguntó su opinión, le contestó el amigo: «Me parece muy bien; ¡sólo que eso lo había dicho hace muchas años Hegel!»

Pues bien; cuando no se hace el inventario, cuando el investigador no conoce bien el grado de averiguación á que se ha llegado, se expone á decir siempre como cosas originales, cosas que no lo son; se expone á inventar lo que Hegel ha dicho hace muchos años. Claro es que esto repre-

senta dos cosas: en primer lugar, una posición falsa y hasta cierto punto ridícula en cuanto al investigador, y por otro lado una pérdida de tiempo, el gasto de fuerzas en cosas que están ya hechas, de las cuales es preciso partir, y sin cuya base, por otra parte, sería absolutamente imposible el progreso.

Ahora bien; este inventario, este conocimiento del estado actual de las investigaciones en cualquier orden intelectual, no sólo importa á los que van á trabajar en él como punto de partida para sus trabajos ulteriores; importa también al gran público que recoge las conclusiones de la ciencia y juzga con ellas, y las utiliza en toda la serie de programas y de problemas que agitan nuestra vida diaria, en la cual los resultados de la investigación sirven como argumentos que á veces dan consecuencias prácticas de muchísima utilidad y trascendencia. Y cuando ese público no tiene al servicio suyo un buen resumen, una buena exposición del estado de los conocimientos, se expone en la resolución de los problemas prácticos á dar pasos en falso constantemente, á argumentar con alegaciones que no son exactas, que no son evidentes ó que están retiradas de la circulación científica, ó respecto de las cuales se hacen afirmaciones que no hallan de ninguna manera comprobadas los que tienen autoridad real en aquel orden de trabajos.

Y la cosa es tanto más peligrosa, cuanto que, al reflejarse sobre la masa las doctrinas de los altos investigadores en cualquier orden intelectual, no se reflejan de una manera regular: se refractan, y al refractarse padecen una desviación que hace ver las posiciones científicas de los hombres de autoridad con una significación que muchas veces no tienen. Así, en los discípulos, y en los intérpretes sin suficiente preparación de cultura, de los grandes libros que han representado orientaciones nuevas en el campo de la ciencia, se traduce lo que en la doctrina del maestro son hipótesis, suposiciones, posibilidades, indicaciones de que por allí se puede llegar á una conclusión, en afirmaciones

rotundas. Todo esto hay que evitarlo por dos razones: en primer lugar, para no partir jamás de conocimientos erróneos, y en segundo lugar, porque de ordinario el conocimiento vulgar, cuando no está bien orientado y no comprende claramente las cuestiones científicas, cuando no tiene un instrumento á mano con que capacitarse de las conclusiones verdaderamente autorizadas de la ciencia, corre un peligro gravísimo, mucho peor que ignorar las cosas: el peligro de creer que todo está averiguado, el peligro de creer que ya no hay más que hacer en cualquier orden científico, que todas las cuestiones están perfectamente resueltas y que se puede, por tanto, juzgar con una serie de afirmaciones y sentencias firmes no sujetas á crítica, no sujetas á la investigación y rectificación de los trabajadores científicos.

Trasladando estas consideraciones generales al conocimiento histórico de nuestra dominación en América, es absolutamente preciso, señores, que nosotros afirmemos el estado de crisis en que se encuentran los estudios históricos americanos; es preciso que combatamos resueltamente esta preocupación general, emanada sobre todo de la falta de buenos libros que orienten al lector; esta preocupación que supone que las cosas están todas perfectamente sabidas, perfectamente averiguadas, y que por tanto no hay que hacer más sino coger uno ó dos libros de aquellos que parece representan el resultado de las investigaciones, y dejarse llevar de ellos de una manera absoluta, poniéndose en la situación de espíritu que muchas veces causa los grandes desastres de carácter internacional y también los de carácter nacional, cuando tienen una base de este género: la situación de suponer que lo que un libro dice es ya la representación científica absoluta, que después de él no hay absolutamente nada que hacer, y que el problema crítico tiene sus momentos acotados en la historia de la ciencia, en vez de creer lo que es verdad, que el momento crítico es constante y que no hay apenas conocimiento que no esté abierto por completo y siempre á la investigación y también á la rectificación. Por eso, por la tras-

ciencia práctica que tiene el conocimiento de la historia de nuestra colonización en América, importa repetir constantemente esta afirmación: que la historia de nuestra colonización ultramarina se halla en un estado fragmentario é incipiente.

Y para que apreciemos esto de una manera concreta, veamos los dos órdenes de cuestiones que en ella se pueden encontrar: de una parte hay esta cuestión ó este grupo de ellas: cómo fué nuestra colonización, nuestra dominación en América; cuestión de hecho que se dirige pura y simplemente á puntualizar de qué manera se produjo la acción española, en todos los órdenes que abraza, en su contacto con la población, con los intereses y con los problemas del mundo descubierto por Colón. Y el segundo grupo de cuestiones es este otro: ¿qué representó la colonización española frente al problema general de la colonización, de las condiciones fundamentales que ésta debe tener, de los intereses de la nación colonizadora y de los intereses del país que colonizó?

Y precisamente este segundo orden de cuestiones, en el cual se formulan juicios, en el cual se aventuran apreciaciones, en el cual se dan sentencias desde un punto de vista jurídico, desde un punto de vista moral ó desde un punto de vista económico, ese orden de cuestiones es el que se estudia más, es el que se ha discutido más y en el que se han dado más afirmaciones rotundas, más afirmaciones absolutas, más afirmaciones absurdas.

Ahora bien, señores; no se puede hacer afirmación ninguna de esta clase, que envuelva apreciación ó crítica, sin fundamentarla en el conocimiento del primer orden de cuestiones, sin saber bien cómo fué y cómo se produjo la acción española en su contacto con las poblaciones de América y en todas las esferas de la actividad humana; sin esto, es completamente imposible que se formule un juicio exacto de aquello, porque no hay juicio sin conocimiento previo de hechos; porque no cabe decir si una cosa fué buena ó mala sin antes saber cómo fué; porque toda apre-

ciación, porque toda sentencia, no tiene base ninguna mientras no reposa en el conocimiento exacto y preciso de los fenómenos; y así como un juez tiene que sobreseer una causa cuando no hay méritos bastantes para hacer respecto de ella calificación de ningún género, un historiador, un político, un economista, un filósofo, debe también sobreseer provisionalmente toda cuestión de carácter científico que envuelva un juicio, mientras no tenga todos los elementos de hecho indispensables para formar idea de lo que fué, y en vista de lo que fué, y en la relación de ello con el ideal que cada cual tenga, formular su apreciación.

Precisamente lo que fué, el primer orden de cuestiones á que me refiero, es el que hoy está en crisis; es aquel respecto del cual podemos decir muy bien que toda la serie de noticias y de conocimientos que han pasado por la historia general y por los manuales, todo eso, por lo menos en lo fundamental, hoy está más ó menos negado, propiamente en una situación de duda, en una situación de inseguridad grande, de vacilación. Y es así por dos razones: primera, por la inexactitud de muchos de los datos con que hasta ahora se ha juzgado en el terreno científico, y segunda, por la falta de elementos para poder llegar á formar una idea clara de lo que fué la acción española en tales ó cuales órdenes de su colonización en América. Por eso cuando se pide (y el caso es muy frecuente, y es muy frecuente sobre todo en aquellos que por su profesión ó gusto se dedican á los estudios históricos), cuando una persona correspondiente al gran público, al público que necesita orientarse respecto de las cuestiones con escasa pérdida de tiempo, pregunta acerca de un libro en que averiguar, en que saber cuáles son las conclusiones firmes, precisas, seguras, respecto de nuestra colonización americana, la contestación tiene que ser siempre negativa; no hay ese libro, no hay un libro de conjunto, señores, que se pueda recomendar á nadie, del cual pueda uno decir con sinceridad y con todas las responsabilidades que lleva una contestación de este género: «Ahí encontrará usted todo lo que está averiguado»

respecto de la colonización y la contestación á todos los problemas que á usted preocupan.»

Y basta que cojamos algunos de los libros recientemente publicados, basta que cojamos aquellos que por la cercanía á nosotros, por haber venido después de otros muchos, podían representar la suma de investigación propia con la suma de la investigación ajena; basta que cojamos, por ejemplo, el libro de Roscher. Roscher es un profesor alemán que ha escrito una monografía interesantísima sobre la colonización española en América, singularmente desde el punto de vista económico y político.

Esa monografía, escrita hace algunos años, no ha podido penetrar fácilmente en las filas de nuestro pueblo español y de todo el público que procede de la cepa española, porque el alemán no es una de las lenguas más difundidas entre nosotros; pero se ha traducido recientemente al inglés, y al traducirse á este idioma ha podido entrar con más facilidad en el conocimiento de los españoles que se interesan por estas cosas, y en el conocimiento de los americanos, para muchos de los cuales el idioma inglés es una lengua equivalente á la lengua materna.

Pues bien; el libro de Roscher es un libro que, á pesar de la alta autoridad de su autor; á pesar de la extraordinaria competencia que él tiene en los estudios económicos y en la relación de éstos con los estudios históricos (por aquella orientación moderna de la ciencia económica, que liga completamente el examen racional de las cuestiones al examen de las circunstancias históricas con que se han presentado en el mundo), á pesar de todo eso, es un libro en que apenas encuentra una contestación satisfactoria á muchas de las preguntas que se hacen en los diferentes epígrafes en que está distribuída la materia. Y lo mismo que digo del libro de Roscher, digo del libro de Gaylord Bourne, que se ha traducido recientemente al castellano. Se titula el libro de este autor *España en América*, y parece por su título estar completamente dentro de nuestro problema; y sin embargo, es un libro que, muy bien ente-

rado de todo lo que se refiere á la parte externa de la historia, en cuanto entra en la historia interna, que es la historia que aquí nos puede interesar, en la historia de las instituciones, de la actividad social del pueblo español sobre las tierras americanas, se limita en gran parte á reproducir, á refundir las cosas sabidas; no adelanta nada en la investigación, y tiene el mismo número de lagunas, de cosas vacilantes é indecisas que cualquiera de los libros anteriores. Un libro mucho más reciente que todos estos es el libro del profesor Vander Linden, premiado por el rey de Bélgica, y cuyo tomo referente á la colonización portuguesa y americana se acaba de publicar; basta hojearlo, que no leerlo, para ver cuán diminutos son los capítulos que consagra á aquellas cuestiones que más pueden interesar á un americanista y á un español que quieran verdaderamente estudiar la historia, no sólo con el propósito de enterarse qué ha sido la vida nuestra en la dirección colonizadora, sino con el de encontrar una orientación de juicio con que abordar los problemas modernos de nuestras relaciones con las naciones hispanoamericanas.

Y notad que estos tres libros son recientes, que estos tres libros son modernos, que estos tres libros son de personas que gozan todas ellas de gran autoridad. Pero es que en esto de la autoridad hay que decir una cosa: generalmente, cuando se habla de un autor, la gente propende á entender que el no haber acertado con el desempeño de un asunto ó el no haberlo agotado, dice ya en contra de las cualidades personales suyas, y no hay tal cosa. Se puede ser un hombre eminente, se puede ser una persona de altísima cultura, de grandes merecimientos, y sin embargo, no haber entendido un problema, no haberlo agotado, no haberlo podido agotar ó no haberlo planteado bien, y cualquiera de estos defectos (que puede ser mayor ó menor y en el cual se puede encontrar más ó menos la garra de león del talento) nada dice respecto á las cualidades fundamentales que la persona pueda tener. Por lo tanto, la críti-

ca de esos libros no quiere decir en modo alguno desprecio respecto á la autoridad que tienen aquellos autores.

¿Y por qué esto? Es decir, ¿por qué razón aquella parte de la historia de nuestra colonización americana que importa más, está tan llena de lagunas, tan llena de vacilaciones, tan llena de conocimientos que han ido rodando de libro en libro y cuya comprobación científica está todavía por hacer? Pues por esto sobre todo: porque la historia de la colonización americana ha seguido la misma curva que ha seguido la historia general de la humanidad, quiero decir, la historiografía de la humanidad; porque ella se ha ocupado durante mucho tiempo exclusivamente de aquel orden de historia externa que se refiere á los problemas de carácter militar, de extensión de dominios, á los problemas geográficos, á los problemas, en suma, que se llaman de historia externa de las naciones, descuidando todo lo que se refiere á la historia interna de las instituciones, á la acción colectiva de un pueblo sobre otro, ó de un pueblo sobre sí mismo, en aquellos órdenes de cultura, de vida literaria, artística, religiosa y científica, de vida ideal, en suma: elementos que son al fin y al cabo los que constituyen el espíritu del pueblo y los que dan base para toda acción exterior. Nuestros historiadores de América se han preocupado sobre todo de aquel género de cosas, de la historia exterior, y por eso cuando abrimos un libro de Historia de América ó de Historia de España en la parte que se refiere á nuestra colonización, todo lo relativo á la historia del descubrimiento de nuestras conquistas, á la historia de las guerras civiles interiores de nuestros colonizadores, todo eso lo encontramos bien estudiado, con un gran número de pormenores, por lo menos con un conocimiento profundo del detalle; pero en cambio, cuando nos dirigimos á aquellas otras cosas internas de las cuales puede salir un juicio, nótase á cada paso un vacío grande respecto del programa de preguntas que un hombre moderno puede llevar á la historia.

Cierto (y digo esto con singular complacencia aquí),

cierto que los americanos, nuestros hermanos de América, han iniciado ya el camino respecto á las investigaciones que faltan en nuestra historia colonial; cierto es que pueden ya mostrarse en el terreno de la ciencia libros argentinos, libros chilenos, libros mejicanos que llevan esta dirección y que tienden á cubrir esta falta grave de nuestra historiografía americana; que se puede ya hablar, por ejemplo, de *La ciudad indiana* del profesor García, de Buenos Aires, que es un estudio profundo de las cuestiones más grandes, de las cosas más substanciales en que se ha ejercitado el espíritu español sobre las tierras americanas, un libro orientado completamente á la moderna, y en que el punto de vista económico (con ser un punto de vista en la doctrina del autor, á mi entender excesivamente predominante), representa una dirección completamente nueva ó moderna, desde la cual se aprecian una porción de factores de la vida económica española que hasta ahora habían estado completamente oscurecidos, y se ven, sobre todo, en vivo, mostrando aquellas cosas que importan más á la vida de las naciones, al alma española, ó sea aquella orientación que le imponían de suyo las circunstancias económicas y las circunstancias del medio geográfico en que se encontraba y del tiempo en que se produjo su acción.

Hay en Chile un libro del señor Fuenzalida, *La historia del desarrollo intelectual de Chile*, que tocando en aquellas cosas más fundamentales para el estudio de la formación del espíritu de un pueblo, que son las cosas de educación é instrucción, nos da, con una amplitud no superada hasta ahora por nadie, la historia de esos elementos tan importantes para ver en qué sentido, en qué dirección y hasta qué punto el pueblo colonizador español cumplió con la misión de educar á los pueblos conquistados.

Y tenemos en Méjico una serie de monografías—en la obra *Méjico, su evolución social*—en las que se estudia la historia de sus instituciones y en las que también se ha penetrado ampliamente en aquella parte de la historia